

Notas

ARQUEOLOGIA COMO ANTROPOLOGIA, MAS DE VEINTE AÑOS DESPUES

La hija de la sabiduría

En abril del presente año se cumplen veintiséis de la publicación en *American Antiquity* del artículo de Lewis R. Binford «Archaeology as Anthropology»¹. Parece buen momento ahora, con la perspectiva de más de dos décadas, para revisar algunas de sus opiniones de entonces, para comprobar si la arqueología actual ha tenido en cuenta las sugerencias del conocido profesor de Nuevo México, y, sobre todo, para juzgar si el postulado que sentaba el título ha llegado a convertirse en paradigma admitido por la mayoría de los profesionales.

Imposible sería, sin duda, pasar revista en el espacio de unos pocos folios a todo lo que se ha hecho en este tiempo aquí y allá, pues sólo la arqueología estadounidense, con sus medios económicos, su variedad académica y la enorme fecundidad de sus debates y controversias, daría pie a escribir muchos libros. Más útil encuentro reflexionar, al hilo del pensamiento binfordiano, sobre la situación por la que atraviesa nuestro campo de estudios en España; quizá de ello salgan apreciaciones erróneas —no en vano mi propio trabajo ha permanecido siempre aferrado a los problemas característicos de la arqueología americanista—, tal vez mi obstinación en críticas que ya tienen largos lustros esté ahora algo fuera de lugar, incluso es posible que las siguientes propuestas de teoría y método hayan sufrido antes

¹ Lewis R. BINFORD, «Archaeology as Anthropology», *American Antiquity*, vol. 28, 1962, pp. 217-225.

aquí justas censuras que ignoro, pero, sea como fuere, no considero despreciable una nueva ocasión de plantear el qué es o qué debiera ser esa actividad, entre romántica y corporativa, que indaga los vestigios de las sociedades del pasado, especialmente cuando en las generaciones más jóvenes se atisba un renacer del inconformismo y una avidez por la polémica, condiciones ambas naturales e ineludibles en toda rama del saber que merezca el calificativo de tal y que trate de huir de su progresiva fosilización.

El talón de hierro

A uno y otro lado del Atlántico la arqueología se había mantenido desde sus comienzos en el papel de hija menesterosa de la Historia, o apéndice de la Geología-Zoología cuando abordaba los períodos más remotos de la humanidad, hasta que en los años cuarenta un grupo de investigadores norteamericanos, encabezados por W. D. Strong, P. Martin, I. Rouse y J. W. Bennett, iniciaron una sigilosa ruptura bajo el estímulo de antropólogos de la talla de Julian H. Steward y Clyde Kluckhohn. Las formulaciones que podían leerse en sus artículos acometían con precaución los problemas relativos a la función de los utensilios recuperados en las excavaciones, y sugerían que estas humildes huellas prehistóricas eran la clave del comportamiento de aquellas remotas colectividades. La minoritaria tendencia alcanzó su momento crucial en 1948, con la edición del libro de Walter W. Taylor *A Study of Archaeology*, donde se establecía con toda nitidez la alternativa al historicismo en boga, tan preocupado por la descripción, la clasificación y la cronología. Taylor contemplaba dos caminos para la arqueología: o era «histórica» o era «científica» (es decir, antropológica), y, para que no cupieran dudas sobre el sentido de tales adjetivos, definía la historia como «...pensamiento contemporáneo proyectado hacia la realidad del pasado, integrado y sintetizado contextualmente en términos de hombre cultural y tiempo secuencial»; y la antropología como «...el estudio comparativo de la cultura, en las vertientes estática y dinámica, y de sus aspectos formal, funcional y evolutivo»². Ciertamente, el autor admitía que el primer enfoque podía ser también arqueología, aunque insuficiente, e incluso constituir la etapa previa a la segunda y definitiva orientación.

Por moderada que fuera la postura de Taylor, el revuelo que produjo el libro no tenía parangón en acontecimientos anteriores; se había dado un paso decisivo para la renovación de la disciplina, su tradicional legitimidad epistemológica quedaba irreversiblemente dañada y bastantes universitarios

² Estas citas, y un recorrido pormenorizado por las distintas escuelas norteamericanas, en Gordon R. WILLEY y Jeremy A. SABLOFF, *A History of American Archaeology*, Thames and Hudson, Londres, 1974, pp. 131 y ss. También es muy reveladora la atenta lectura de los trabajos incluidos en el volumen 50, núm. 2, de la revista *American Antiquity*, de abril de 1985, conmemorativos de los cincuenta años de la publicación.

se vieron obligados a hacer examen de conciencia. Sólo diez años después Gordon Willey y Philip Phillips daban a la imprenta *Method and theory in American Archaeology*, donde abogaban por interpretar los materiales arqueológicos a partir de eclécticas construcciones que tuvieran en cuenta la difusión, la interacción entre cultura y medio ambiente, el cambio demográfico, los factores psicológicos y las líneas homotaxiales del evolucionismo. Otros diez años y, coincidiendo con el turbulento mayo parisino, los profesionales pudieron asistir al resquebrajamiento de muchos de los dogmas supervivientes con la lectura del libro de ensayos compilado por Sally R. Binford y Lewis R. Binford *New Perspectives in Archaeology*, carta de presentación oficial de la llamada «nueva arqueología», cuyos puntales eran: 1. La cultura que se refleja en el registro arqueológico debe ser contemplada como un sistema e interpretada desde la teoría antropológica general. 2. Las hipótesis acerca del pasado deben ser contrastadas por medio de razonamientos deductivos, y, si bien tales hipótesis pueden ser sugeridas por datos etnohistóricos o etnográficos, son consideradas plenamente independientes de ellos. Que la polémica - o la búsqueda de una metodología adecuada a los objetivos de la investigación - no ha terminado todavía, puede confirmarse recorriendo el extenso panorama escolástico que subyace en los trabajos de los norteamericanos, o simplemente poniendo atención al fondo de los ingeniosos diálogos entre el «Real Arqueólogo Mesoamericanista» y su «Escéptico Estudiante Graduado» que, junto con las reflexiones de Kent V. Flannery, forman las primeras páginas del excelente libro *The Early Mesoamerican Village*. Por otra parte, la obra del malogrado David L. Clarke *Analytical Archaeology* ha puesto en manos de los investigadores desde ese famoso año de 1968 un cúmulo impresionante de procedimientos de análisis que nadie debería dejar de reconocer y ensayar al colocarse frente a un problema de cualquier índole.

Mientras que los interesados discutían las últimas doctrinas en los países anglosajones, la arqueología española dormitaba plácidamente sobre el entramado de unos principios teóricos sólidamente establecidos y no muy diferentes a los que habían fijado en los años del cambio de siglo los prehistoriadores franceses o centroeuropeos. Las técnicas del trabajo de campo determinaban en buena medida la interpretación de los datos, las cuidadosas excavaciones estratigráficas perseguían inacabables secuencias definidas sobre la base de la tipología formal de algunos objetos, y la cronología era a menudo el único problema explícito que trataban de resolver los investigadores. Se confundían, en consecuencia, los medios con los fines, y no era raro el derroche de tiempo y esfuerzo apenas premiado con adicionales catálogos cerámicos y escasas hipótesis ligadas a la difusión o las fechas de ciertos barros de manufactura característica.

Tal vez el lastre mayor de la arqueología practicada en España era entonces el furibundo difusionismo que se expresaba de manera casi automática e inconsciente. Nada más aparecer en el suelo el objeto en cuestión, tiesto, fibula, espada, terracota, perdernal, fusayola, ánfora, o lo

que fuera, y luego de comprobar que sus rasgos formales se ajustaban a los arquetipos instituidos por criterios de autoridad en algún nebuloso momento de la historia de la disciplina, el arqueólogo se apresuraba a subrayar las semejanzas de la pieza con otras de la Península o del extranjero. Era habitual no llevar más allá las averiguaciones, y, por lo visto, todo el mundo se daba por contento con esa exigua información. Seguir la pista por el continente europeo, por el Mediterráneo o el norte de Africa, a cualquier cazuela con aspecto de campana o con la llamada carena centímetros arriba o centímetros abajo, era, en verdad, deporte preferido por los animosos excavadores. El procedimiento bastante ingenuo y la endeblez de los resultados no preocupaban excesivamente a quienes habían desechado la crítica metodológica, por no decir la rigurosa teoría científica, como ensayismo cercano a la ficción literaria. Tales planteamientos, intelectualmente paupérrimos, no rozaban jamás el auténtico problema del contacto cultural, de la aculturación en su caso, según entendían estos conceptos los antropólogos, y por ello la rica complejidad de los asuntos relativos a invasiones, migraciones, colonizaciones o fundación de rutas comerciales por pueblos extrapeninsulares, era despachada con desdén ante la suprema evidencia de los paralelismos en las siluetas de los recipientes, en los barnices, los sellos, o ante el aire inequívocamente foráneo de ciertos elementos de los ajuares funerarios.

Por supuesto, no todos los investigadores profesionales de nuestro país optaron por ese trabajo de descripción con ínfulas de reconstrucción histórica; varios de los afincados en puestos de prestigio y poder sintieron inquietud por renovar el ramplón y anticuado cuerpo teórico que sustentaba su actividad; una de las causas de tal actitud fue seguramente la popularidad de las obras de Vere Gordon Childe, otra, quizá más sustantiva, los viajes de estudio a Inglaterra o Alemania. Pero tropezaban con grandes dificultades; junto a su titubeante formación en las modernas ciencias sociales, y al orgulloso rechazo de hombres de letras hacia los procedimientos analíticos físico-químicos o matemáticos, había intereses de toda suerte (académicos, políticos incluso) que frenaban la conveniente transformación. Sólo en fechas muy recientes algunos profesores jóvenes han abordado sin ambages la cuestión, a través de concienzudos artículos o mediante largas reflexiones en sus tesis doctorales, bien empezando por las bases epistemológicas o tomando partido por enfoques particulares como el materialismo o la ecología cultural. Sin embargo, son aún inmensa proporción los arqueólogos españoles que desarrollan su labor a la usanza tradicional, que permanecen instalados en la época pre-tayloriana, y aunque resulta obvia la debilidad de su postura, a pesar de que es bien conocido ahora su talón de Aquiles, no son previsibles modificaciones a corto plazo, ni por su propia iniciativa ni a instancias de una utópica influencia de los organismos rectores de la docencia o la investigación.

El muro del tiempo

Voy a insistir a continuación, partiendo de las glosas al célebre artículo de Binford y con opiniones personales que ya he expuesto en otras ocasiones, en que, con certeza, la arqueología es antropología. Es posible que la mejor manera de mostrar lo que quiero decir sea negando cada frase de la definición —¡no tan vieja!— de Sigfried J. de Laet: «Ciencia auxiliar de la Historia, tiene como labor esencial el reconstituir, por medio de todos los documentos de que puede disponer, las diferentes etapas de la civilización material de la Humanidad desde los tiempos más remotos»³. Por el contrario, pienso que la arqueología estudia el funcionamiento y evolución de las culturas, tratando de explicar los procesos de cambio y las semejanzas y diferencias entre ellas; las técnicas que utiliza son la excavación de los vestigios de las sociedades del pasado y el análisis de los datos mediante los oportunos procedimientos mecánicos, físicos, químicos o matemáticos; su metodología para la interpretación de esos datos es científica, con dilatado uso de analogías e inferencias, y con argumentaciones hipotético-deductivas; la teoría, por último, proviene principalmente de la antropología cultural.

Esta orientación nomotética es defendida por Binford en el artículo de 1962: la arqueología como antropología debe contribuir a explicar las semejanzas y diferencias, entendiendo la explicación como demostración de la articulación constante de variables dentro de un sistema, y la medida de su modificación concomitante. Por ello, la cultura, el nivel simbólico de organización propio de las sociedades humanas, o la manera extrasomática que tienen de adaptarse al medio, debe ser vista como un sistema, cuyo funcionamiento y alteración estructural denominamos proceso. Los objetos o datos procedentes de la excavación, es decir, los rasgos culturales observados e inferidos, no pueden ser tratados aisladamente ni descritos o comparados sin tener en cuenta su contexto funcional. Rasgos similares en dos culturas separadas por el tiempo y el espacio indican probablemente respuestas parecidas en los respectivos subsistemas del sistema cultural total, y su explicación debe afrontarse en términos del conocimiento que lleguemos a poseer de las características funcionales y estructurales de esos sistemas. Es fundamental, además, distinguir el grado de diferenciación, especialización y complejidad de una cultura; en una cultura diferenciada

³ Sigfried J. de LAET, *La arqueología y sus problemas*, Labor, Barcelona, 1960, p. 16. Del mismo tenor son las definiciones o comentarios que se encuentran en casi todos los manuales accesibles al público español, por ejemplo, Glyn DANIEL, *El concepto de prehistoria*, Labor, Barcelona, 1968, pp. 120-121; Martín ALMAGRO, *Introducción al estudio de la prehistoria y de la arqueología de campo*, Guadarrama, Madrid, 1967, pp. 17-22; Luis PERICOT y Juan MALUQUER, *La humanidad prehistórica*, Salvat, Madrid, 1969, pp. 11-14 (aquí se reconoce, no obstante, que la prehistoria y la etnología son materias afines); Miguel TARRADELL, «Primeras culturas», en *Historia de España* (dirigida por Manuel TUÑÓN DE LARA), tomo I, Labor, Barcelona, 1980, pp. 49-53.

cada segmento componente tiene o adopta funciones (que le son propias) específicas; una cultura especializada es la que se orienta particularmente hacia determinados fines sobresalientes que guían la aparición y el orden de las instituciones (por ejemplo, caza, pesca, agricultura, pastoreo, guerra, religión, etcétera); por complejidad se entiende una alta diversificación y fuerte dependencia estructural de los controles de rango superior: cantidad de subsistemas, jerarquización de los mismos, y relaciones asimétricas bajo normas vinculantes dictadas desde arriba. Hay que considerar axiomático que las comparaciones entre sistemas culturales de igual grado de diferenciación, especialización y complejidad, producen una información en consonancia con el más exigente rigor científico; por supuesto, es posible dilucidar extremos concretos, como el tiempo que tardaría un cazador paleolítico en descuartizar un elefante, recurriendo a culturas muy distintas (por ejemplo, la maya clásica) donde se empleara una misma clase de instrumental para cortar corpulentos mamíferos.

Obviamente, la táctica descriptiva empleada debe ser generada por un paradigma consistente. La descripción arqueológica tiene que referirse a un paradigma que justifique por qué los rasgos elegidos son pertinentes y por qué son más importantes que otros, haciendo explícita en cada caso la relación supuesta entre objetos materiales — o cualquier huella significativa del registro arqueológico— y comportamiento humano. Sin embargo, descripción no es jamás explicación, la aparición de cierto utensilio en un yacimiento, por muy claro que esté el lugar o las circunstancias de su manufactura, no *explica* la razón de que se encuentre allí, ni constituye, por tanto, el primer paso lógico en la elaboración de la ley hipotética que permita predecir la presencia de otros utensilios iguales en contextos culturales análogos. La única manera de explicar un fenómeno cultural es demostrar su necesidad lógica, es decir, poner de manifiesto la conexión constante entre un determinado modelo de relaciones de parámetros y variables y un efecto particular.

Por ejemplo, algunos investigadores han pretendido explicar el hundimiento de la civilización maya clásica por la invasión de un pueblo extranjero cuyos vestigios son visibles sobre todo en el sitio de Ceibal, a orillas del río de la Pasión, en los bosques lluviosos del norte de Guatemala. Este hecho histórico, la invasión, de carácter plausible, no puede por sí mismo explicar el abandono de las ciudades antiguas si no se inserta en una ley general que dé cuenta de tales fenómenos en cualquier región del planeta. Toda afirmación causal apresurada se puede calificar de negligencia científica; cuando se propone una relación causa-efecto debe procederse a su verificación mediante hipótesis sistémicas y procesuales. De los rasgos extranjeros de Ceibal hay que deducir una serie suficiente de implicaciones cuya contrastación, sobre materiales distintos e independientes, permita en primer lugar demostrar la supuesta invasión y posteriormente la influencia que tuvo en el área de las tierras bajas tropicales de Centroamérica. Lo mismo podemos decir de otra contundente afirmación que conecta un

impresionante foso artificial en el yacimiento arqueológico de Becán, en el Estado mexicano de Campeche, con una situación de guerra generalizada. En tales casos la pregunta del investigador no debe ser ¿cuál es la razón del conflicto que se deduce de la existencia de zanjas o murallas?, al menos hasta que se haya contestado satisfactoriamente a ¿son esos vestigios realmente prueba de la construcción en el pasado de obras defensivas? Los arqueólogos que trabajan sobre culturas muy alejadas de su propia tradición tienen la obligación de justificar adecuadamente la gran mayoría de las interpretaciones analógicas aisladas que realizan. Es precisamente en el área maya donde ciertas edificaciones que en apariencia son fáciles de catalogar y comprender, como las famosas calzadas que se extienden por muchos kilómetros del territorio, cumplan un destino bien diferente del supuesto; esos caminos elevados, por ejemplo, no estaban allí para procurar el tránsito de personas por la jungla sino que señalaban los lazos genealógicos o de dependencia social entre las poblaciones vecinas, eran ante todo símbolos que ocupaban un lugar en la estructura ideológica de la comunidad y no factores o consecuencias del desarrollo urbano o económico⁴.

Binford, influido por las principales corrientes antropológicas de la época en que escribió su artículo, propone el estudio de la tecnología (instrumentos y relaciones sociales que articulan las culturas con el medio donde viven sus portadores) como una de las mejores aproximaciones a la orientación sistémica. En efecto, se ha reconocido ampliamente que el estudio de las interacciones entre grupo social y medio natural es el más propicio para la elaboración de hipótesis científicas con los datos que habitualmente consigue el arqueólogo. El enorme éxito del materialismo cultural y otras escuelas afines al pensamiento marxista radica fundamentalmente en tal prejuicio. Los avances de la moderna ecología, y la expansión de la teoría de sistemas de la mano de Ludwig von Bertalanffy y sus continuadores, han provisto de sólidos amarres teóricos a aquellos antropólogos — especialmente norteamericanos — demasiado escrupulosos para utilizar directamente las fuentes del materialismo filosófico e histórico. Así, el uso de conceptos como adaptación, organismo, energía e intercambio de energía, autorregulación, ecosistema, homeostasis, retroalimentación, entropía, control ambiental, equifinalidad, organización, diferenciación o especialización, relación simbiótica, información, reduplicación, etcétera, ha llegado a ser corriente en los países anglosajones. En España, cierta tendencia reciente a interpretar los objetos que tienen su contexto funcional primario en las actividades que vinculan la cultura con el medio, está muy lejos de alcanzar el refinamiento ya logrado hace años en Inglaterra o Estados Unidos; el rechazo inconsciente a las formulaciones teóricas previas y explícitas, junto con la casi nula exigencia en el rigor conceptual, han dado

⁴ Cf. Lewis R. BINFORD, «Somme Comments on Historical Versus Processual Archaeology», *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 24, n.º 3, pp. 267-275. También Miguel RIVERA, *Los mayas de la antigüedad*, Alhambra, Madrid, 1985.

al traste con los primeros intentos de circular por lo que todavía puede ser un excelente camino para introducir a nuestra arqueología en el mundo de las ciencias sociales del siglo XX.

Pero la tecnología, o lo que Binford llama utensilios técnicos, no agota las posibilidades del arqueólogo preocupado por la resolución de problemas típicos de la antropología cultural. También el subsistema social, que funciona como el medio extrasomático de articulación de los individuos entre sí para formar unidades capaces de subsistir eficientemente y de manejar la tecnología, puede y debe ser investigado. Lo que los sociólogos llaman solidaridad, o sea, el grado y las formas en que es de esperar que el interés colectivo prevalezca sobre los intereses individuales, permite suponer que los datos del registro arqueológico obedecen a tradiciones, valores y respuestas adaptativas socialmente sancionados, de modo que es posible aislar en el análisis un complejo de utensilios sociotécnicos o la información pertinente para desvelar las características de la estructura social. De hecho, las investigaciones más brillantes de la escuela fundada y acaudillada por Binford, la «nueva arqueología», han tenido que ver con este subsistema⁵, al cual, ocioso es decirlo, nunca han osado asomarse los prehistoriadores españoles.

Igualmente, el arqueólogo formado como antropólogo y que utiliza el método científico, tiene acceso al componente ideológico del sistema cultural. Los utensilios ideotécnicos son los que significan y simbolizan las racionalizaciones ideológicas, con las cuales los individuos adquieren, participan y transmiten la cultura. Como es lógico, aquí es donde la interpretación del registro arqueológico se hace más difícil y comprometida, donde la imaginación es más necesaria y a la vez más peligrosa, donde, en fin, alcanza la práctica de la ciencia de la cultura su mejor timbre de gloria. En las ideas que la gente tiene sobre sí misma y sobre los otros, en su manera de ver el mundo, en las imágenes que su cerebro retiene o rechaza y en los principios morales que acata y defiende, está la esencia de la conducta social, la necesaria legitimidad de las acciones de cada quien y de la comunidad, y la clave última del uso de los objetos que se recuperan en las excavaciones. Aunque la tarea del arqueólogo es tratar de establecer correlaciones entre clases genéricas de tecnología, sociedad e ideología, y las correspondientes configuraciones materiales (es decir, datos empíricamente recolectados), no cabe duda que la postrera de esas categorías es especialmente reveladora y que indagar en ella puede hacer innecesario en ocasiones el estudio de los productos de la denominada infraestructura.

Para terminar, el arqueólogo debe prestar atención a una categoría suplementaria de atributos estilísticos formales que cruza las tres anteriores. Es como el sello de identidad de la cultura y, en general, no parece determinada por la misma estructura sistémica; posee valor social en cuanto

⁵ Cf. Patty JO WATSON, Steven A. LEBLANC y Charles L. REDMAN, *El método científico en arqueología*, Alianza Editorial, Madrid, 1974.

promueve o facilita la solidaridad y cohesión grupales, y permite a los individuos reconocerse a simple vista *distintos* de otras unidades sociales similarmente organizadas. Son las pautas y modas estéticas, el arte, el gusto por ciertas materias primas, por ciertos colores, dimensiones o motivos ornamentales; desde luego, las características biológicas de la especie humana ponen unos límites a la variabilidad de esta categoría cultural, y también estimulan ciertas expresiones en convergencia con los mensajes del medio ambiente, pero, aún así, la riqueza de estilos a través del tiempo y del espacio, de sistemas de elementos recurrentes seleccionados entre una inmensa cantidad de posibilidades, constituye un desafío a los científicos. Por otro lado, este factor ha venido predominando en las clasificaciones —incluso en las definiciones— de las culturas realizadas por los profesionales guiados por enfoques historicistas, y, aunque hoy su trascendencia ha sido puesta en duda por bastante autores, es innegable la información que puede proporcionar integrado en los respectivos subsistemas. He repetido en otras ocasiones que el arte, la lengua y el pensamiento religioso expresan *mejor que ninguna de las demás creaciones del hombre las cualidades singulares de cada sociedad, su forma de ser y sentir, pues ahí se condensa el mayor esfuerzo de simbolización, de racionalización o de aprehensión de la realidad; en las culturas más simples, de las que no llegamos a inferir creencias ni conocemos el lenguaje, siempre existen manifestaciones estéticas, por tenues que sean, fuera de la estricta funcionalidad, tanto en los humildes objetos de las viviendas y las sepulturas como en la manera de hacer y distribuir esos espacios concretos.*

Habitación con vistas

No creo en las recetas infalibles, ni para la arqueología ni para otra actividad cualquiera que guarde relación con la humana empresa de conocer y conocerse. *Por lo que atañe a la arqueología española, produce algún alivio pensar que por lo menos existe institucionalmente, lo que no ocurre en muchos países de la órbita occidental desinteresados por el pasado remoto y por las consecuencias de adoptar un tipo de postura teórica en conexión con él. Desde esa institucionalización, el debate puede centrarse quizá en la evolución de la disciplina durante la próxima década, y hacer intervenir criterios de «utilidad social» o de mera «eficacia epistemológica»; es muy posible que hasta los profesionales más recalcitrantes y volcados al trabajo de descripción y catalogación de objetos y yacimientos, puedan ser convencidos de la bondad de un cambio paradigmático si su labor encuentra allí una vía de realización. Se trata de proponer una «arqueología como antropología» en términos de alternativa viable y sugestiva a una arqueografía anclada en planteamientos teóricos decimonónicos —y habrá que hacerlo sobre todo con brillantes ejemplos en el campo y en el laboratorio—, pero no de negar el pan y la sal del «reconocimiento académico en el*

terreno de las humanidades» a quien no se convierta al nuevo dogma. Como ya he mencionado antes, la batalla por la renovación de nuestra vida docente e investigadora es en buena medida política y debe darse igualmente en el campo de las estructuras de poder, de los clientelismos y de los inexplicables privilegios consagrados por una miope o interesada Administración.

Mientras tanto, en esta habitación tanto tiempo cerrada pueden abrirse algunas ventanas: 1. La urgencia de diseñar toda investigación con suficiente antelación al comienzo de las excavaciones, de modo que los problemas que se pretende resolver (presentados explícitamente con lujo de detalles), los procedimientos analíticos y los enfoques interpretativos generales, sean meditados y criticados por los colegas. 2. Seleccionar los yacimientos arqueológicos que van a ser excavados única y exclusivamente en función del problema central de la investigación, y razonar por qué se supone que son idóneos para tal cometido. 3. Poner énfasis en que detrás de cualquier estrategia de investigación hay agazapada una teoría, y que los hechos supuestamente descubiertos, de la clase que sean, no existen solos sino en relación con teorías particulares. 4. Afirmar que es más valiosa para la ciencia —y para el ejercicio de la inteligencia— una interpretación errónea que ninguna interpretación o que decenas y decenas de minuciosas descripciones de utensilios; la primera puede provocar una controversia y quizá algo de luz, las descripciones, cuando se justifican en sí mismas, sólo provocan aburrimiento. 5. Sugerir que las hipótesis previas permiten reconocer mejor los complejos y configuraciones culturales de los yacimientos. 6. Subrayar, en fin, que los arqueólogos estudian el comportamiento de los seres humanos en sociedad, que todo objeto, edificio, modificación intencional del paisaje o vestigio cualesquiera que fuere son productos de ese comportamiento, y que por ello los excavadores deben estar familiarizados con otras ciencias del comportamiento, como la historia, la etnología, la sociología y la psicología; antes de interponer entre la investigación y la realidad una muralla de libros, mejor sería tal vez que el arqueólogo saliera a observar cómo viven hoy las sociedades de parecido nivel de complejidad a aquella desaparecida en la que está interesado. Excavar por excavar, sin otras metas razonables, no sólo es vicio de aficionados y coleccionistas, es además una forma estúpida de destruir valiosa información científica.

Terminaré con unas bellas palabras de Jean-Paul Sartre sobre Giacometti relativas a esa capacidad (o necesidad) de interpretar que está en la base de nuestra disciplina, y que podemos entender como advertencia y llamamiento a la humildad: «Sólo la imaginación del espectador, engañado por una grosera semejanza, presta movimiento, calor, vida, a la eterna postración de la materia».

HALLAZGO EN CUBA DE UN NUEVO DUJO ABORIGEN DE LAS ANTILLAS

En el año 1984, el Dr. Felipe Martínez Arango culminó el interesante trabajo titulado *Hallazgo en Cuba de un nuevo dujo aborigen de Las Antillas*, que permanece totalmente inédito. Considerando que este estudio pudiera resultar de interés, presentamos, a continuación, un apretado resumen del referido trabajo.

La pieza

Tan pronto como Martínez Arango tuvo conocimiento de la existencia de este *dujo*, a través de las informaciones del Dr. Francisco Prat, profesor de la Universidad de Oriente, lo solicitó para ser llevado al Museo de Arqueología Aborigen de esa Casa de Estudios, con objeto de estudiarlo, fotografiarlo, dibujarlo y confeccionarle su ficha correspondiente para el catálogo de esa desaparecida sección investigativa. Permaneció en exhibición allí durante una semana, hasta que fue reclamado por el Dr. Prat. A partir de ese momento se expone en el Museo Emilio Bacardí de Santiago de Cuba.

Rastreado el origen del novedoso *dujo*, se llegó a la conclusión de que se trataba de un valioso obsequio del Dr. Henríquez y Carvajal (destacado prócer dominicano) a Don Emilio Bacardí Moreau, distinguido escritor, patriota, historiador e industrial santiaguero. La notable pieza, pues, bien parece proceder de la cultura *Chicoide*, enclavada en La Española.

Descripción

Presenta las siguientes medidas: 41 cm de largo + 14,4 cm de ancho + 1,5 cm de grosor medio en la tabla del asiento propiamente dicho. La cabeza y el cuello presentan una longitud de 8 cm y un alto y ancho de 5,5 cm. Los tres soportes o patas enteras midieron un alto de 8 cm y una, ligeramente mutilada, sólo 3 cm. El diámetro de la sección de las patas resultó de 3 + 4 cm por 3 cm. El objeto está muy bien tallado, particularmente la cabeza. Consta de una tabla de contorno semi-elipsoidal, que es el asiento propiamente dicho; suavemente cóncavo en su parte superior y de rebordes redondeados. Hay cuatro soportes o patas casi cilíndricas. Presenta el cuello algo corto y un tanto curvado, unido a una cabeza triangular claramente antropomorfa, de talla magnífica pero que no está emplazada exactamente en el eje central mayor del objeto. Los ojos, y la boca sobre todo, muy grandes y como descarnados (dispuestos seguramente para recibir sobrepuestos de concha y oro laminados). En lo alto de la cabeza, a manera de «moño», hay un pequeño punto circular inciso en el ápice y

varias incisiones lineales en derredor. Presenta, además, orejeras de tipo triangular sobre dobles circunferencias laterales. La nariz, algo roma, se proyecta brevemente. Como indiscutible obra de arte, esta cabeza antropomorfa, estilizada magistralmente, es una de las mejores de que tenemos noticias.

La materia prima parece evidente que no es otra que el «guayacán prieto» (*Guaicum officinale* L.). El color es castaño oscuro con matices más claros. Son bien claras las estrías concéntricas en relieve que atestiguan el proceso del tiempo. Hay unas leves trazas blanquecinas en la superficie del objeto, probables huellas, casi imperceptibles, del yeso utilizado al ser reproducido el raro objeto (ver pieza en foto adjunta).

Sobre la asociación cultural de estos asientos aborígenes

En su nueva investigación Martínez Arango comenta la escasez de estos artefactos en nuestro país. Destaca que los más se han encontrado al oeste de Puerto Rico y en La Española, especialmente en la actual República Dominicana, centro difusor de la cultura *Chicoide*, en cuyo ajuar mueble se destaca, de modo singular, el *dujo*. También aclara, que los grupos subtaínos (meillacoides) más desarrollados en Cuba, por lo menos después de la segunda mitad del siglo XV, poseían ya este artefacto; probablemente difundido desde la muy próxima área ocupada ya por los taínos desde principios del siglo anterior, a juzgar por los fechamientos radiocarbónicos. Se apoya en el testimonio irrecusable del propio Colón, cuando en su *Diario de Navegación*, correspondiente al día 6 de noviembre de 1492 nos dice:

«...Los llevaron de brazos los más honrados del pueblo a la casa principal [se refiere a los españoles Rodrigo de Jerez y Luis de Torres] y diéronles *dos sillas en que se asentaron* y ellos todos se asentaron en el suelo en derredor de ellos.»

Martínez Arango plantea que es obvio que las únicas y muy escasas «sillas» que tenían estos aborígenes eran los famosos *dujos*.

La arqueología ha descubierto, en fecha relativamente reciente, que la aldea que se hace referencia anteriormente, es el sitio arqueológico denominado *El Yaval*, poblado subtaíno importante situado en la actual provincia de Holguín.

Sobre su probable funcionalismo

Respecto a los usos del artefacto, el citado investigador plantea que parece evidente su utilización algo más que para el común y corriente hábito sedente. A propósito cita a Miguel Rodríguez Ferrer:

«...*Sólo en las viviendas de los caciques se advertían unos asientos trabajados en un trozo de madera, cuyo respaldar tenía el cerramiento con*

la figura del diablo a que ya me he referido, con ojos y orejeras de oro, llamados *duhos* o *duchos*; cuyo mueble parece ser más de honor que de conveniencia, porque hombres y mujeres no necesitaban de otros asientos que el suelo, en donde se sentaban de cuclillas.»

También cita al Dr. Zayas, quien transcribe textualmente de Las Casas, a propósito de la importante ceremonia de la *cohoba*:

«...El primero que la comenzaba era el Señor; y en tanto que él lo hacía todos callaban; tomaba su *cohoba*, que es sorber por las narices aquellos polvos, como está dicho, y tomábase asentados en unos *banquetes bajos pero muy bien labrados* que llamaban *dujos*...»

Luego alude a Jesse Walter Fawkes en un importante informe que confirma el hecho de que ciertos muertos eran colocados sobre los *dujos*. Plantea asimismo, que Oviedo señala la presencia de *dujos* en los juegos de pelota, ocupados por gente principal de la comunidad aborígen. Por otra parte, Fray Ramón Pané ratifica la inhumación de un principal sentado en su *dujo*.

Para Martínez Arango estos datos concretos son un claro indicador de que el *dujo* correspondía a los personajes principales; lo que a su juicio evidencia, en el orden socio-cultural, la existencia de los distingos clasistas, benévolos pero ya ratificados por muchos testimonios.

Sobre la posible existencia del dujo fuera del área antillana

El autor de esta investigación destaca la muy escasa presencia de estos artefactos, o sus similares, fuera de lo que es propiamente el área antillana (*culturas meillacoides-chicoides*, es decir, *subtainos* y *tainos*). Al efecto cita a la Dra. Doris Stone que en su trabajo sobre la arqueología aborígen de Honduras describe lo que ella considera un *dujo*. Muestra el objeto de piedra con tres patas cuadrangulares, bastante largas y como las del «metate», pero con un extremo —a manera de «cabeza»— decorado en forma de voluta. Ella lo adscribe a la cultura *pava*. En otro trabajo, la propia antropóloga asegura la presencia del *dujo* entre los aborígenes costarricenses al decir: «Se encuentran *bancas bajas de cuatro patas con la cola y cabeza sobresalientes de animal*».

Martínez Arango también se refiere a la publicación ilustrada *Panamá: Monumentos Históricos y Arqueológicos* (México, 1950) de Angel Rubio, en donde aparece un supuesto «metate» de piedra, de cuatro patas y con una cabeza zoomorfa cuidadosamente tallada. Procede de Veraguas, Panamá.

En su interesante trabajo *Los Caribes y Colon*, el destacado escritor cubano Manuel Sanguily hace referencia a la presencia del *dujo* en Nicaragua. Señálase también como pródiga en la distribución originaria de este artefacto, a la cultura *chibcha* de Colombia. Más adelante hace referencia a una especie de *dujo* denominado «turey», sin decoración alguna, de «patas» más largas, usado —sin que sepamos exactamente su cronología— por

grupos aborígenes del NE de Suramérica; por tanto no es dable inferir, si se trata de una copia degenerada para el uso puramente cotidiano, o un antecesor del *dujo* de rango y artística decoración que venimos analizando.

Por último, cita el apéndice de la famosa obra de William H. Prescott *History of the Conquest of Perú* (pág. 479):

«...Estaba sentado este señor (Atahualpa) en un *duo* de madera de altor de poco más de un palmo.»

Sobre el origen y difusión del dujo

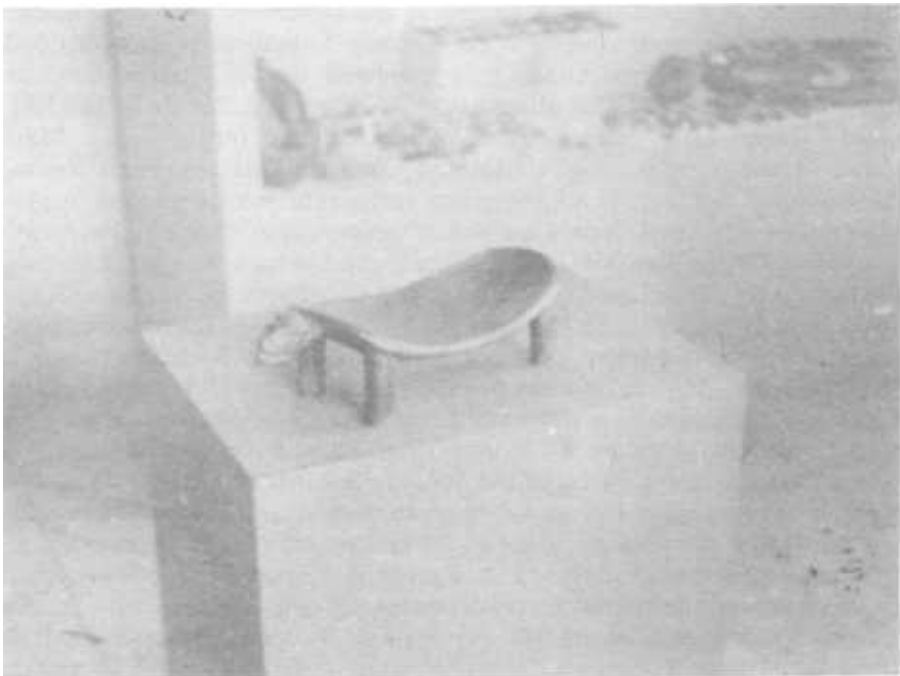
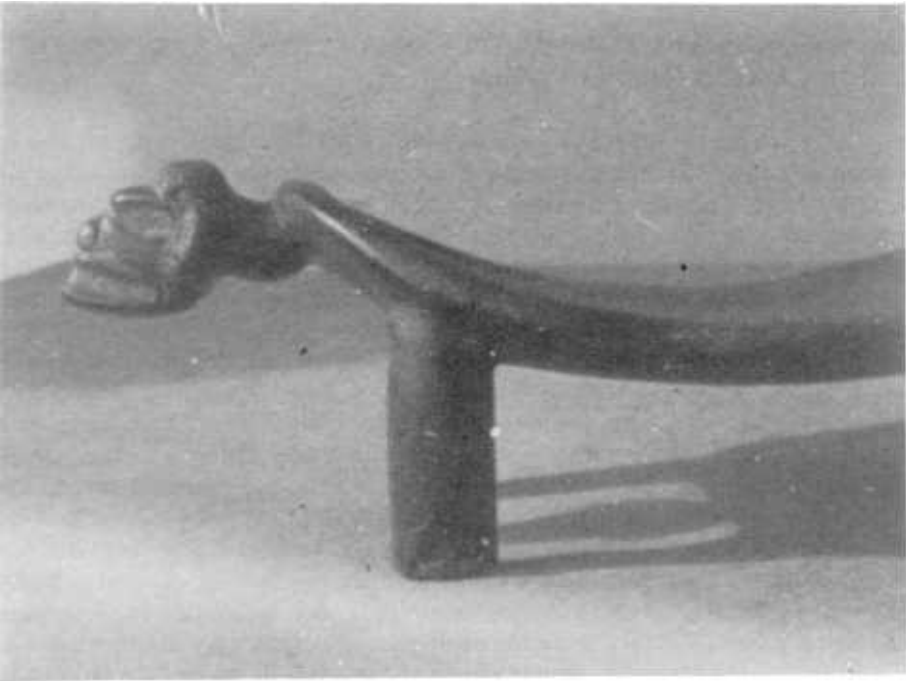
Sobre este aspecto, Martínez Arango nos dice:

«Sven Loven, en su clásica obra sobre los orígenes de la cultura taína, se refiere a los *dujos* funerarios *chibchas*. La tesis de Loven, que supone un origen colombiano-andino para el *dujo* y para otros elementos culturales que, por esa vía, pasaron hacia el NE de Suramérica y desde allí penetraron a Las Antillas, aún hoy, no es más, en rigor, que una buena hipótesis de trabajo que vemos con simpatía pero que distamos de considerar cabalmente exacta. La falta de una secuencia cronológico-cultural confiable para las rutas migratorias del *dujo*, no ha permitido, hasta hoy, señalar con certeza un foco de origen y todas las rutas transitadas por el artefacto hasta la periferia del área mayor del Caribe y su contorno, donde se ha registrado su presencia material. Por otra parte, aunque parezca improbable, no debe descartarse del todo el paralelismo cultural. Pero sea de ello lo que fuere, está claro que en la etapa de más alto nivel de la cultura de estilo *chicoide* en el oriente de La Española, principalmente, y el occidente de Puerto Rico, se produce una reelaboración y redistribución del *dujo* hacia el este, por un lado, y, por el otro, hasta las provincias orientales de Cuba. Esta etapa, la más evolucionada de la cultura hasta la llegada de los descubridores europeos, conllevaba la más enfática cosmovisión espiritualista y su acompañante ritualismo mágico-religioso (animismo, cemiismo, behiquismo, culto a los antepasados, etc.)»

Por último, el autor concluye la obra con las siguientes palabras:

«Pero al margen de su condición simbólica altamente estimada por los aborígenes; este singular artefacto por sí mismo indica una verdadera proeza del artífice aborígen, una hazaña tecnológica en el orden material; que aumenta si consideramos las limitaciones del instrumental primitivo; un evidente testimonio que concede rango estético a la cultura que la produjo.»

Ramón NAVARRETE PUJOL



LA SEGUNDA TEMPORADA DE EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN OXKINTOK, YUCATÁN

Entre los meses de junio y septiembre de 1987 se ha llevado a cabo la segunda temporada de excavaciones arqueológicas en la ciudad maya de Oxkintok, en Yucatán. La Misión Arqueológica de España en México tiene a su cargo la realización del Proyecto Oxkintok, cuyos objetivos principales son el esclarecimiento de la historia prehispánica del sitio y la identificación de los conjuntos arquitectónicos en términos de las funciones a que eran destinados y de su significado social.

Los trabajos de la segunda temporada se centraron en las agrupaciones de edificios denominadas Ah Canul, May y Satunsat. En la primera se procedió a la excavación, limpieza y consolidación del palacio Ch'ich, bien conocido por el interesante pórtico de columnas antropomorfas de la fachada occidental. En el grupo May se excavó íntegramente el edificio MA-7 y se iniciaron las investigaciones en la gran pirámide. Por último, en el famoso «laberinto» o Satunsat se dejaron al descubierto y se consolidaron las fachadas oeste y sur. De todas las operaciones fueron obtenidos datos relevantes para el estudio de la cronología del lugar, de la secuencia cerámica y de la evolución de los estilos arquitectónicos y escultóricos.

El Proyecto Oxkintok, amparado en el convenio de cooperación cultural entre México y España, está patrocinado por el Ministerio de Cultura y por la Comisión Nacional del V Centenario del Descubrimiento de América; también colaboran el Ministerio de Asuntos Exteriores y el Instituto de Cooperación Iberoamericana. En la campaña de 1987 participaron las siguientes personas: Miguel Rivera (arqueólogo y director de la MAEM), Miguel López (jefe de campo), Santiago Valiente (arqueólogo), María Isabel Martínez (arqueóloga), Mariano Ortiz (arquitecto), Félix Jiménez (arqueólogo), Miguel Angel Palomero (dibujante y arqueólogo), Andrés Maldonado (geólogo), Juan Luis Bonor (arqueólogo), Yolanda Fernández (arqueóloga), Carolina Martínez (arqueóloga), Carmen Varela (arqueóloga y ceramógrafa), José Ligorred (arqueólogo). El arqueólogo mexicano Ricardo Velázquez, del Instituto Nacional de Antropología e Historia, dirigió los trabajos de consolidación, y su compatriota Carmen Torres colaboró en diversas tareas. Más de ochenta peones de Maxcanú y Oxkutzcab llevaron adelante las excavaciones y restauraciones y muchas otras personas de la primera de esas localidades, donde tiene su sede la Misión española, prestaron su ayuda a lo largo del verano. Ascensión Amador tuvo a su cargo la investigación antropológica y etnohistórica, que persigue delinear una semblanza del área de ruinas en las épocas colonial y contemporánea.

Con la información obtenida en la segunda temporada, que se encuentra ahora en proceso de análisis en las dependencias de la Universidad Complutense de Madrid, se avanzará decisivamente en el conocimiento de la cultura maya del norte de Yucatán. La comprobación irrefutable de que esa cultura

alcanzó un alto grado de complejidad en el período Clásico Temprano, y de sus remotas relaciones con la región central del Mayab, constituyen sólo el botón de muestra de la trascendencia que revisten las indagaciones que se desarrollan desde 1986 en este punto del sureste de Mesoamérica.

Miguel RIVERA DORADO

II COLOQUIO INTERNACIONAL DE MAYISTAS

Este coloquio se desarrolló del 17 al 22 de agosto de 1987, en la ciudad de Campeche, México. Las conferencias se celebraron en la Casa de Justicia del Gobierno del Estado, la organización corrió a cargo del Centro de Estudios Mayas siendo su coordinadora la Dra. Mercedes de la Garza.

Las sesiones comenzaron tras la ceremonia de inauguración con una conferencia de Alain Breton sobre el «complejo ajaw» y el «complejo Mam».

A continuación se celebró una mesa redonda plenaria como homenaje a Piña Chan, gran mayista y conocido de todos, a quien, aprovechando su origen campechano, la organización quiso rendir este merecido acto. De todas las intervenciones, donde el cariño y el reconocimiento a la labor de toda una vida dedicada a la arqueología fueron la nota dominante, destacaría la de Carlos Navarrete, que con una simpática poesía provocó las sonrisas no sólo del aludido, sino de todos los presentes.

El martes 18 de iniciaron las sesiones con la conferencia de Carlos Navarrete sobre «San Mateo Ixtatán: los testimonios de la sab», conjugando de manera excelente la arqueología y la etnografía con alusiones inevitables a la situación política que vive su país (Guatemala).

Las conferencias en general se encuadraban dentro de temáticas concretas que se agruparon de la siguiente manera:

- Mito y religión.
- Artes plásticas e iconografía.
- Epigrafía.
- Los usos del medio.
- Arqueoastronomía.
- Arquitectura Maya: Paul Gendrop «In Memoriam».
- Chiapas en la época colonial.
- Arqueología de Tikal y Uaxactún.
- Antropología física y social.
- Investigaciones arqueológicas de la península de Yucatán y Belice.
- Calakmul.
- Etnicidad.
- Arqueología.
- Etnología de lo religioso.
- Lingüística y literatura.

- Historia.
- Geografía.
- Arqueología de Yucatán.
- Oxkintok-Calcehtok.
- Derechos humanos.

Las nacionalidades tanto de asistentes como de participantes, abarcaban un amplio elenco, donde los mexicanos y a continuación los estadounidenses eran los más numerosos, pero sin olvidar la representación francesa, guatemalteca, japonesa, yugoeslava, austríaca, canadiense, polaca y un importante grupo español que participó en diversas áreas temáticas.

Andrés Ciudad Ruiz, profesor de la Universidad Complutense de Madrid, presentó una ponencia escrita junto a Emma Sánchez Montañés sobre «Simbolismo y ritual: análisis de la cerámica bícroma del altiplano quiché», donde se alejan de las grandes y complejas tablas cerámicas, haciendo una exposición amena y asequible para los no expertos en el tema, aunque no por ello carente de interés.

Josefa Iglesias Ponce de León, también profesora de la UCM, expuso «Los depósitos problemáticos de Tikal», donde trabajó durante un año con el Proyecto Nacional de Tikal.

El resto de la representación española se agrupó en la mesa redonda Oxkintok-Calcehtok, donde los miembros de la Misión arqueológica de España en México dirigida por el profesor Miguel Rivera Dorado, realizan excavaciones. El profesor Rivera de la UCM, expuso en «Investigaciones recientes en Oxkintok, Yucatán», el proyecto, sus objetivos, ambiciones, los lugares donde se han realizado excavaciones y los hallazgos más destacados, dando una visión de conjunto de lo realizado hasta el momento.

Juan Luis Bonor con «Las cavernas próximas a Oxkintok y los chultunes» y Carmen Varela con «Informe Preliminar sobre la cerámica de Oxkintok», completaron la participación española. Pese a ser la primera temporada de excavación -- los trabajos de reconocimiento y topografía comenzaron en 1986 --, se presentaron resultados que auguran importantes aportaciones a la mayística del área yucateca.

La conferencia que mayor expectación había despertado en arqueología fue la mesa redonda sobre Calakmul, su director, W. Follan, en «El proyecto Calakmul. Una síntesis», explicó en que consistía uno de los proyectos de mayor envergadura que se están llevando a cabo en la actualidad de México. Mario Coyoc y Abel Morales de la Universidad de Chiapas presentaron ponencias sobre los enterramientos y las operaciones de salvamento en la construcción de una nueva carretera respectivamente.

Especialmente destacaría la ponencia de Luis Millet, perteneciente al centro regional de Yucatán del INAH, «Edzná, Campeche: una revaloración de su historia». Propuso un cambio de teoría respecto a la ubicación de Chakanputun, la ciudad de los itzaes, la cual se ha situado tradicionalmente en Champotón, sin embargo él cree que se encontró en Edzná. Aportó datos

etimológicos, arqueológicos e históricos, que irán aumentando con las investigaciones que realiza en la actualidad en dicha ciudad.

Estas y otras ponencias hasta un total de 128 entre conferencias y mesas redondas que por razones obvias no se pueden exponer en la presente nota, constituyeron el II Coloquio Internacional de mayistas, que nos brindó a los asistentes la oportunidad de conocer los últimos trabajos de importantes investigadores como William T. Sanders, Barbara Price, George Andrews, etcétera.

Yolanda FERNÁNDEZ MARQUINEZ